

El cielo terrenal

Hace algún tiempo, en la misa de un entierro celebrada en un pueblo de Los Pedroches, el sacerdote que oficiaba dijo en la homilía algo que antes había oído a otros de una forma parecida: “Ya estará en el cielo junto a su mujer, a la que tanto quiso y que tanto lo quería”. Recuerdo que aquella aseveración me dejó perplejo: ¿no era *sois marido y mujer hasta que la muerte os separe?* A partir de entonces no pude estar atento a lo que aquel sacerdote continuaba diciendo. ¿Y si el marido y la mujer, en lugar de llevarse bien, se habían llevado mal?, pensaba yo. Y aunque se hubieran llevado bien, y aunque se hubieran amado locamente, desesperadamente, como se aman los amantes de las tragedias, como amaba Pablo Milanés a Yolanda, ¿no era la eternidad demasiado larga para un solo amor? Al fin y al cabo, hasta Pablo Milanés acabó separándose de Yolanda, a la que juraba amor eterno en aquella canción inolvidable, y a la que, en efecto, seguramente dio amor eterno, porque cuando se está enamorado se confunde el amor infinito con el amor para siempre.

Ya sé que las palabras del sacerdote tenían más de metáfora que de descripción de la realidad. Él se dirigía a hombres y mujeres que no han visto nunca el cielo y debía manejar sentimientos humanos en un ambiente de dolor, debía reconfortarnos y adoctrinarnos. Yo sólo las he utilizado para evidenciar cuánto hay de absurdo en la literalidad de lo que algunas veces se dice sobre el cielo, porque no es menos cierto que para mucha gente el cielo es así, como la tierra, pero sin morirnos, y se imaginan, ya muertos, con la misma cara que tienen ahora y con el mismo carácter, junto a los seres que quieren y a los que odian, que a su vez tienen la misma cara y el mismo carácter, sin dolamas del cuerpo, sin tener que comer ni que ir al váter ni que dormir, pero con los mismos sentimientos.

Me parece que esa creencia de que pueden perdurar el carácter y los sentimientos más allá de la muerte, esa conversión del cielo en una tierra eterna sin dolor, no es sino una manifestación del afán del hombre por ser eterno como hombre, con la identidad y la personalidad que tenía cuando en vida era esclavo

de su cuerpo. En cierto modo, la idea de querer perpetuar nuestra alma como conjunto de sentimientos está ligada a la idea de querer perpetuar nuestro cuerpo, o, mejor dicho, nuestros huesos, que es lo que de él dura un poco más. De hecho, muchos tienen sepulturas a perpetuidad con la creencia de que, efectivamente, serán a perpetuidad, como si la perpetuidad durara la experiencia vital que a ellos les cabe en la cabeza, y limpian los nichos de sus abuelos convencidos de que sus hijos seguirán limpiándolos, y los seguirán limpiando los hijos de sus hijos. No saben que en el cementerio no caben todos los muertos pasados y futuros, que es imposible limpiar los nichos de todos nuestros antepasados o que no se le puede exigir a nadie la mínima molestia de limpiar el nicho de alguien a quien no conoció ni de oídas.

Escribo esto en el día de Todos los Santos. Han sido muchos los que hoy, cumpliendo con la tradición, han ido al cementerio a visitar las tumbas de sus seres queridos, en un rito que tiene su significado y su importancia, y no tanto por los muertos como por los vivos, que se han enriquecido con la fuerza que le dan los recuerdos, que en la tumba tienen un lugar físico donde sentir la presencia de quienes han muerto y que, seguramente, han visto a la muerte con más naturalidad. Para no pocos de los que han ido su muerte acarreará, sobre todo, un cambio de domicilio. Y cuando mueran, se reunirán con su mujer y sus padres y sus otros seres queridos, como cuando en vida se reunían todos juntos alrededor de la mesa estufa.

Juan Bosco Castilla